

Proteger la infancia

DESDE que se decretó la presencia de la covid-19 en Cuba ha sido permanente el llamado de las autoridades sanitarias a proteger a los niños y adolescentes de casa. Sin embargo, el alarmante aumento, mes tras mes, de los casos diagnosticados en edades pediátricas (menores de 18 años), reclama mayor análisis colectivo y medidas pertinentes.

Por algún tiempo la población creyó de que los niños no enfermaban y que, si lo hacían, no llegaban a la gravedad. Sin embargo, semejante mito lamentable acabó derrumbándose con el incremento sostenido de casos diagnosticados –e incluso, ingresados en terapias por complicaciones– correspondientes a ese grupo poblacional.

La doctora Lisette del Rosario López González, jefa del Grupo Nacional de Pediatría del Ministerio de Salud Pública, ha dejado claro que durante el primer rebrote unos 200 menores de edad contrajeron el SARS-CoV-2 y en la segunda ola resultaron alrededor de 600; mientras en la actualidad se registran por encima de 23 000 pacientes. Una cifra a todas luces escalofriante, y que genera tantas interrogantes como desasosiegos.

Resulta lógico pensar que a mayores índices de transmisión hay un mayor riesgo de enfermar. Así han reflexionado los expertos, de ahí su mensaje recurrente hacia la familia de prevenir y no exponer innecesariamente a los pequeños fuera del hogar.

Son tiempos de mantener conductas juiciosas y reglas de bioseguridad estrictas, porque de eso depende la salud y hasta la vida de nuestros menores; como la de todos.

Si para los adultos –con mayor responsabilidad y conciencia de la severa realidad– el confinamiento provocado por la pandemia ha sido un dolor de cabeza, para los infantes ha sido una prueba de fuego. Son los niños verdaderos héroes de esta indeseada etapa que ha conmocionado al mundo entero.

Quizás el primer impacto para los inocentes fue el indescribable receso escolar, tras el cierre de las instituciones educativas donde, además de aprender, compartían con sus compañeros de aula. Asimismo, como por un golpe de timón, cesaron sus paseos sabatinos, la prohibición de los gus-

tados juegos en la calle o el parque, la postergación de visitas a casa de la abuela u otros familiares.

Lejos de esos ambientes y rutinas tradicionales, y sometidos a un largo “encierro” difícil de soportar para ellos –aun cuando sea una buena causa resguardarlos de un virus que no discrimina edades–, los infantes debieron adaptarse a nuevos sistemas de vida para hacer más llevadera la situación. Cultivar el ingenio, la paciencia y la comprensión del contexto resultan vitales para salir vencedores de esta batalla.

Entre esas prácticas se insertaron, por ejemplo, las teleclases. Estas no solo han cumplido el objetivo de continuar el curso escolar a pesar de la adversidad; sino que sirven para emplear de manera útil el tiempo y para reforzar los lazos familiares en función de un propósito común.

Por más que duela el aislamiento, es necesario entender que el nuevo código de la felicidad es estar sanos. Y es que amén de esa energía y vitalidad que los caracteriza, los niños y adolescentes también se contagian con el coronavirus, no son inmunes. Aunque sea incómodo quedarse en casa en esas edades propias para la socialización y el esparcimiento, no cumplir con las medidas establecidas puede acarrear serias consecuencias y tardías lamentaciones.

La protección de los niños y adolescentes está en manos de sus padres y tutores. Son estos los principales encargados de velar por su integridad física y psicológica, pero fundamentalmente quienes deben guiarlos en la comprensión y la paciencia, incentivarlos a fomentar hábitos higiénicos sensatos, evitar exponerlos; así como garantizarles y exigirles el respeto a las normas de distanciamiento social. Hagamos que nuestros hijos crezcan saludables, que salgan ilesos de esta lucha y que tanto esfuerzo del país valga la pena.

Desde los geniales consejos que Chamaquili, las reflexiones matutinas del doctor Durán, el desvelo de los científicos que con arrojo epopéyico ya nos han regalado los bulbos de la esperanza, hasta el compromiso manifiesto de las autoridades del país, se ha ratificado la voluntad de no desmayar en la protección de la infancia. Porque –como dijo Martí– los niños son la esperanza del mundo.